

Anthony Passeron
Los hijos dormidos
Traducción de Palmira Feixas

Libros del Asteroide 

Porque las ratas mueren en la calle
y los hombres en sus cuartos.

ALBERT CAMUS, *La peste*

Prólogo

Un día, le pregunté a mi padre cuál era la ciudad más lejana a la que había ido. Se limitó a contestar: «Ámsterdam, en los Países Bajos». Y luego no dijo palabra. Sin apartar la mirada de su labor, siguió cortando animales muertos. Tenía sangre hasta en la cara.

Cuando quise indagar en la razón de aquel viaje, me pareció que se le crispaba la mandíbula. ¿Lo que tanto le irritaba era la articulación de un trozo de becerro que no cedía o mi pregunta? Lo ignoraba. Tras un crujido seco y un suspiro, acabó contestando: «Para ir a buscar al imbécil de Désiré».

Había tocado hueso. Era la primera vez en toda mi infancia que oía por boca de mi padre el nombre de su hermano mayor. Mi tío había muerto pocos años después de que yo naciera. Había encontrado imágenes suyas en una caja de zapatos donde mis padres guardaban fotos y bobinas de películas en super-8. En estas aparecían muertos aún vivos, perros, ancianos aún jóvenes, vacaciones en la playa o en la montaña, más perros y reuniones familiares. Gente endomingada que se congregaba para celebrar matrimonios que no cumplirían

sus promesas. Mi hermano y yo nos pasábamos horas y horas mirando aquellas imágenes. Nos burlábamos de las prendas de ropa estafalarias e intentábamos reconocer a los miembros de la familia. Nuestra madre acababa ordenándonos que lo recogiéramos todo, como si aquellos recuerdos le molestaran.

Tenía otras miles de preguntas para mi padre. Algunas muy sencillas, como «Para ir a Ámsterdam, ¿hay que girar a la izquierda o a la derecha una vez pasada la plaza de la iglesia?». Otras más complejas. Quería saber por qué. ¿Por qué, si nunca había salido del pueblo, había atravesado toda Europa en busca de su hermano? Pero, apenas hubo abierto una brecha en su depósito de tristeza y de cólera, se apresuró a cerrarlo de nuevo, por temor a salpicarlo todo.

En la familia, siempre hacemos lo mismo respecto a Désiré. Mi padre y mi abuelo jamás hablaban de él. Mi madre invariablemente dejaba de dar explicaciones demasiado pronto, con la misma fórmula: «La verdad es que todo eso fue muy triste». Mi abuela, por su parte, lo eludía con unos eufemismos ridículos, con cuentos de cadáveres que habían subido al cielo para observar a los vivos desde allí. Todos nos apropiamos de la verdad, cada cual a su manera. Hoy ya no queda casi nada de aquella historia. Mi padre abandonó el pueblo, mis abuelos fallecieron. Hasta el decorado se está desmoronando.

Este libro es la última tentativa de que algo subsista. Entremezcla recuerdos, confesiones incompletas y reconstrucciones documentadas. Es fruto de su silencio. He querido contar aquello que nuestra familia, como tantas otras, experimentó en una soledad absoluta. Pero

¿cómo imponer mis palabras a su historia sin arrebatársela? ¿Cómo hablar en su lugar sin que mi perspectiva y mis obsesiones suplanten las suyas? Durante mucho tiempo, estas preguntas me impidieron ponerme manos a la obra. Hasta que cobré conciencia de que escribir era la única solución para que la historia de mi tío y la de mi familia no desapareciera con ellos, con el pueblo. Para demostrarles que la vida de Désiré se enmarcaba en el caos del mundo, un caos de hechos históricos, geográficos y sociales. Y ayudarlos a liberarse de la pena, a dejar atrás la soledad en que los había sumido la tristeza y la vergüenza.

Por una vez, estarán en el centro del mapa, y todo lo que acostumbra a llamar la atención quedará relegado a los márgenes. Lejos de la ciudad, de la medicina puntera y de la ciencia, lejos del compromiso de los artistas y de los militantes, por fin existirán en alguna parte.